

Invertir en Prosperidad

Las inversiones en la salud y la educación de las mujeres impulsan el desarrollo económico

**David E. Bloom, Michael Kuhn
y Klaus Prettner**

Invertir en la educación y la salud de la mujer y atender a sus oportunidades laborales y empoderamiento reporta grandes beneficios en el desarrollo económico.

Pero la equidad de género en el mundo dista mucho de ser la norma. En los países de bajo ingreso, van menos niñas que niños a la escuela (36% frente a 45%); la matrícula femenina es especialmente baja en Níger (17%) y Sudán del Sur (7%). India gasta menos en la salud de las mujeres que en la de los hombres en todos los grupos demográficos y socioeconómicos (Saikia, Moradkhvaj y Bora, 2016). A escala mundial, tienen menos oportunidades de conseguir altos cargos en las empresas y

la administración pública. Hasta 2016, menos de un cuarto de los puestos parlamentarios en todo el mundo pertenecía a mujeres y, actualmente, solo hay 15 jefas de Estado (sin contar cargos nominales). Apenas la mitad de las mujeres en edad activa trabajan formalmente, en comparación con tres cuartos de los hombres en edad de trabajar.

Rwanda destaca como excepción. Tras el genocidio de 1994, que diezmó el país y casi consumió la fuerza laboral, el Presidente Paul Kagame inició una serie de reformas que consagraron los derechos de la mujer en la constitución. Dos tercios de los parlamentarios del país son mujeres, así como el 52,5% de las matrículas en secundaria y el 54% de la fuerza laboral, y la brecha salarial entre géneros es la menor del mundo. Rwanda ha invertido mucho en la salud materna, neonatal e infantil en las últimas dos décadas. El índice de disparidad entre géneros del Foro Económico Mundial de 2016 situaba a Rwanda en quinto lugar en paridad, solo por detrás de Islandia, Finlandia, Noruega y Suecia, y muy por delante de Canadá (35), Estados

la mujer para operar



FOTO: BUCKWINKEL / ALAMY STOCK PHOTO

Si gozan de buena salud, es más probable que las mujeres trabajen fuera de la casa y tengan fortaleza y energía para realizar labores físicas y rendir más horas.

Unidos (45) y Australia (46). Sin embargo, prevalecen las actitudes tradicionales ante el papel de la mujer en el hogar, y la violencia doméstica supone aún un grave problema en todo el país.

Dichas inversiones seguramente contribuyeron a la reciente prosperidad económica de Rwanda. Entre 2000 y 2015, los ingresos medios aumentaron a más del doble, muy por encima del crecimiento promedio del resto de África subsahariana.

Existen más ejemplos de este vínculo entre género y desarrollo. En cada región, el país con menor desigualdad de género (según el Índice de Desigualdad de Género del Programa de las Naciones

Unidas para el Desarrollo) tiene un ingreso nacional bruto per cápita mayor que el más desigual (véase el cuadro). Es difícil probar que la igualdad de género influye en el desarrollo económico, pero sí es plausible y coherente con los hechos (Diebolt y Perrin, 2013).

La equidad de género es un poderoso indicador de crecimiento y desarrollo económico. La prosperidad origina demanda laboral y financiamiento en salud y educación, lo que estimula la participación en la fuerza laboral y la productividad. La seguridad económica genera autonomía en el hogar y en la sociedad.

Esta dinámica positiva podría hacer pensar que la equidad de género llegará por sí sola con tan solo esperar. Sin embargo, este planteamiento encierra al menos tres peligros. Primero, va en contra de los derechos humanos: la promesa de una sociedad más justa mañana olvida a los perjudicados de hoy. Segundo, no tiene en cuenta la realidad de que ningún país, independientemente de su estado de desarrollo, ha logrado todavía la igualdad de género total. Tercero, ignora el hecho de que la equidad de género puede ayudar a promover el crecimiento y el desarrollo, dada la magnitud y naturaleza polifacética de la contribución femenina en la economía. De hecho, invertir en las mujeres —especialmente en su salud y su educación— promete reportar beneficios económicos sustanciales.

Impulso a la economía

Las mujeres contribuyen al crecimiento y desarrollo económicos de manera directa e indirecta. La vía más directa es la participación en la fuerza laboral, que impulsa la producción y, por consiguiente, el ingreso, el ahorro y las contribuciones fiscales de los hogares, las comunidades y el país. El alcance de esta contribución depende del número de mujeres con empleos remunerados, las horas que trabajen y su productividad. Y la productividad depende de su educación, su formación y su salud.

LA IGUALDAD RINDE

El país con menor desigualdad de género de cada región tiene un ingreso per cápita mayor que el que tiene más desigualdad.

DESIGUALDAD DE GÉNERO		
REGIÓN	PAÍS MÁS BAJO EN EL IDG (INB PER CÁPITA)	PAÍS MÁS ALTO EN EL IDG (INB PER CÁPITA)
Estados Árabes	Emiratos Árabes Unidos (USD 67.330)	Yemen (USD 3.740)
Asia oriental y el Pacífico	Singapur (USD 79.660)	Papua Nueva Guinea (USD 2.800)
Europa y Asia Central	Eslovenia (USD 30.360)	Georgia (USD 9.130)
América Latina y el Caribe	Chile (USD 21.470)	Haití (USD 1.740)
Asia meridional	Bhután (USD 7.330)	Afganistán (USD 1.960)
África subsahariana	Rwanda (USD 1.640)	Níger (USD 930)

Fuentes: Datos de desigualdad de género: Índice de Desigualdad de Género de 2014, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo; datos de INB per cápita: Indicadores del desarrollo mundial para 2014, Banco Mundial.

Nota: IDG = Índice de Desigualdad de Género; INB = ingreso nacional bruto. INB per cápita por paridad del poder adquisitivo (dólares internacionales corrientes).



Mujeres cosiendo en un centro del proyecto "Mujeres para mujeres" en Kigali, Rwanda.

Las investigaciones corroboran la importancia de la educación para el crecimiento, en especial en el caso de las mujeres, cuya seguridad laboral y salarios aumentan hasta 10% a 20% por cada año más de escolaridad. Las mujeres formadas logran una mayor producción agrícola, y su mortalidad y la de sus hijos es menor. Según un informe del Banco Mundial de 2014 escrito por Claudio Montenegro y Harry Patrinos, las mujeres ganan una media de 11,7% más por cada año adicional de escolaridad, frente a 9,6% para los hombres. Estos resultados concuerdan con los datos macroeconómicos que indican que la desigualdad de género tan solo en materia de educación ya perjudica el crecimiento económico. El aprendizaje formal e informal en el puesto de trabajo también estimula las aptitudes y la productividad. Conforme la tecnología favorezca la inteligencia sobre la fuerza en el mercado laboral, la educación y la formación irán teniendo más peso.

La salud también importa, especialmente en las mujeres. Si gozan de buena salud, es más probable que las mujeres trabajen fuera de la casa y tengan fortaleza y energía para realizar labores físicas y rendir más horas. Las jóvenes sanas pueden ver los frutos de su educación,

que influirá en su productividad y ganancias futuras. La educación alienta a las mujeres a invertir en su salud. A su vez, la salud multiplica los frutos de la educación porque aumenta la longevidad y las capacidades cognitivas y físicas.

Los cambios jurídicos, institucionales y culturales que facilitan el acceso al capital, al salario y a la propiedad consolidan la contribución de la mujer en la economía mediante el trabajo. Las mujeres que tienen control sobre sus ingresos tenderán a trabajarán más y durante más tiempo.

La economía también se sustenta con el trabajo no remunerado de la mujer, en particular, en el hogar. Las mujeres dan a luz y a menudo asumen toda la responsabilidad de la crianza, o la sociedad les asigna esta función. Cuidan de los ancianos y otros miembros de la familia. Transportan agua, preparan la comida, hacen los recados y ayudan en su comunidad. Un informe de 2015 del Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de las Naciones Unidas estima que las mujeres trabajan una media de 30 minutos más al día en las economías desarrolladas y 50 minutos en los países en desarrollo.

Asimismo, las mujeres contribuyen al crecimiento económico indirectamente. Invertir en capital humano femenino ayuda a reducir la natalidad a largo plazo. Si las mujeres trabajan y obtienen ingresos, disminuye el incentivo económico para criar familias numerosas, y, según las encuestas, las mujeres prefieren tener menos hijos pero con mejor formación y más sanos, una opción a la que pueden acceder si tienen poder en la sociedad y en el hogar.

Tal giro en la natalidad afecta al crecimiento económico a corto y largo plazo. Al disminuir, cae el número de personas jóvenes a cargo y la sociedad produce más por persona, lo que abre la puerta al llamado dividendo demográfico: las familias consiguen ahorrar e invertir

Por ejemplo, un estudio de Côte d'Ivoire demostró que, cuando los ingresos maternos eran mayores, las familias gastaban más en comida y menos en productos nocivos, como alcohol y tabaco (Hoddinott y Haddad, 1995).

Las mujeres pueden ser un poderoso instrumento de cambio social. Si gozan de buena salud, sólida formación y empoderamiento, tienen más probabilidades de asumir funciones de liderazgo en la comunidad. Promover su educación fomenta la transición a la democracia, que puede tener sus propios efectos positivos en la prosperidad económica a largo plazo. Las empleadas con buena formación tolerarán menos la desigualdad de género propagada por regímenes

Una buena salud materna beneficia el desarrollo cognitivo, el comportamiento y el rendimiento escolar de los niños.

más, y el gobierno gasta más en proyectos que promueven el crecimiento económico. La primera generación de niños tras una caída de la natalidad también es más sana y está mejor formada, por lo tanto, será más productiva que las generaciones precedentes. A lo largo del tiempo, la mejora del capital humano acelera la transición a una situación de baja natalidad, formación elevada, buena salud y crecimiento económico sostenido. En las últimas décadas, la natalidad ha disminuido en todos los grupos de ingreso, pero es más baja en los países de ingreso alto y mediano alto, en los que el descenso de la natalidad y sus consecuencias económicas han surtido un mayor efecto.

La mejora en la salud de la mujer y su papel en el hogar puede influir en la salud, la educación y el bienestar de otros miembros de la familia, en especial de los niños. Según un análisis reciente, una buena salud materna beneficia el desarrollo cognitivo, el comportamiento y el rendimiento escolar de los niños, así como la salud y la productividad de otros miembros de la familia. De acuerdo con investigaciones anteriores, cuando las mujeres ganan más y cuentan con una mayor cuota del ingreso del hogar, una mayor proporción del gasto del hogar se destina a la salud familiar, lo que incide positivamente en la economía.

políticos no democráticos y exigirán líderes más conscientes. Su participación en la fuerza laboral también les permite interactuar fuera del hogar y participar en la acción política.

Invertir en la salud y la educación de la mujer puede crear un ciclo positivo en que la sociedad aprecie más su trabajo a medida que haya más mujeres activas. Por ejemplo, los hombres criados por madres trabajadoras son más propensos a participar en las labores del hogar, facilitando así que las mujeres trabajen fuera de casa, y seguramente verán con buenos ojos que las mujeres tengan trabajos remunerados (Fernández, Fogli y Olivetti, 2004)

Manos a la obra

Los países dispuestos a invertir en las mujeres y mejorar el rendimiento económico pueden elegir entre muchas políticas. La más obvia es el financiamiento de la educación y la salud.

La educación es crucial. Medidas como reducir los costos de matriculación y las transferencias monetarias condicionadas a la asistencia pueden persuadir a las familias de que enviar a las niñas a la escuela es rentable. Las jóvenes estarán más animadas a acudir a la escuela secundaria si hay agua corriente, aseos y productos

sanitarios. Otro aliciente sería construir más escuelas cerca de donde viven.

Financiar la sanidad, en concreto la salud reproductiva, también puede tener una fuerte incidencia económica. Las políticas de planificación familiar, como el suministro de anticonceptivos eficaces, y la formulación de leyes sobre el matrimonio a edad muy temprana pueden ayudar a reducir la natalidad

Si bien estas políticas se aplican principalmente a países de bajo y mediano bajo ingreso, los países de alto ingreso también podrían beneficiarse al fomentar y permitir la participación productiva de las mujeres en la economía, sobre todo en puestos de liderazgo. En todos los grupos de ingreso, las medidas para mejorar la equidad serán más eficaces si se implementan junto a políticas macroeconómicas generales que fomenten mercados laborales y de capital eficientes y que ofrezcan una protección laboral básica.

Razones económicas

Tomados en conjunto, salud, educación, empoderamiento y bienestar económico crean un círculo virtuoso. La inversión en salud y la inversión en educación por separado ya son importantes motores de desarrollo económico, pero combinadas tienen un efecto asombroso, tanto para hombres como para mujeres. Pero cuando las malas condiciones de salud atrapan a las mujeres en un ciclo de educación pobre, los efectos de dicha inversión son impresionantes.

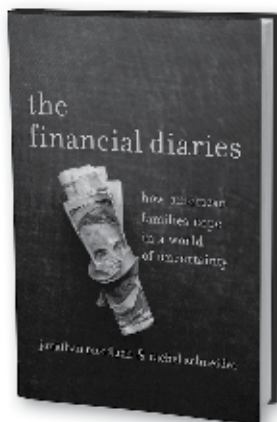
El capital humano es uno de los activos más valiosos de un país, pero debe gestionarse bien para producir beneficios económicos. Las contribuciones de las mujeres a la economía —ya sea mediante el trabajo remunerado o sin remunerar, con familias más pequeñas, con mejor educación a los niños o con sociedades más estables— pueden transformar los resultados económicos. Invertir en la mujer es una decisión no solo moralmente correcta sino también económicamente acertada. **FD**

DAVID E. BLOOM es profesor de la cátedra Clarence James Gamble de Economía y Demografía en el Departamento de Salud y Población Mundial de la Escuela Harvard T. H. Chan de Salud Pública.

MICHAEL KUHN es codirector del grupo de investigación sobre Economía de la Población en el Centro Wittgenstein y el Instituto de Demografía de Viena. **KLAUS PRETTNER** es el jefe de la Unidad de Crecimiento y Distribución del Instituto de Economía de la Universidad de Hohenheim.

Referencias:

- Diebolt, C., y F. Perrin. 2013. "From Stagnation to Sustained Growth: The Role of Female Empowerment". *American Economic Review* 103 (3): 545–49.
- Fernández, R., A. Fogli y C. Olivetti. 2004. "Mothers and Sons: Preference Formation and Female Labor Force Dynamics". *Quarterly Journal of Economics* 119 (4): 1249–99.
- Hoddinott, J., y L. Haddad. 1995. "Does Female Income Share Influence Household Expenditures? Evidence from Cote D'Ivoire". *Oxford Bulletin of Economics and Statistics* 57 (1): 77–96.
- Saikia, N., Moradhvaj y J. K. Bora. 2016. "Gender Difference in Health-Care Expenditure: Evidence from India Human Development Survey". *PLoS ONE* 11 (7).



The Financial Diaries How American Families Cope in a World of Uncertainty

Jonathan Morduch & Rachel Schneider

"*The Financial Diaries* is an invaluable framework to understand why working-class families feel uneasy with their financial situations. It makes an important case for the distinction between illiquidity and insolvency, and why policy solutions for each may not be the same."
—Elisabeth Jacobs, Washington Center for Equitable Growth

"*The Financial Diaries* succeeds in that rarest of goals: making you think and care at the same time. This is an invaluable look at the profound economic uncertainties of our era."
—Jacob S. Hacker, author of *The Great Risk Shift*

Cloth \$27.95